



BICENTENARIO
URUGUAY

1811 - 2011

ISMAEL

- LI -

Cuando Ismael se separaba de la división de Manuel Francisco Artigas para dirigirse a la estancia de Fuentes, su compañero Aldama de quién estaba apartado desde el día del regreso del pago de Viera, desprendíase con una par-

tida de la fuerza de Venancio Benavides destacada en la Colonia, y se incorporaba en la tarde al grueso de la columna en las puntas del Canelón. Esa noche era necesario transmitir órdenes a la caballería de Maldonado, acampada en Pando, que tenía en jaque al enemigo por el flanco y cuyo jefe pedía auxilio, amagado al fin como era de esperarse, por una fuerza considerable.

La crudeza de un aire helado unido a una lluvia copiosa, la oscuridad intensa de la noche y el desborde de arroyos y cañadas, se hacían muy difícil la cruzada para el que no fuese hábil baqueano en aquellos matorrales imponentes a tan altas horas. Con todo, Aldama, que conocía muy bien esos sitios entonces incultos, se ofreció para llevar la comunicación, la que le fue confiada, partiendo en el acto hacia el campo de Manuel.

La travesía fue feliz, salvo los accidentes en las zanjás llenas de agua y en los pantanos cenagosos.

La división no se había movido de su campo y estaba alerta, a pesar de los rigores del tiempo, sin fogones ni tiendas. Los hombres en su mayor parte se encontraban montados, bien cubiertos con sus ponchos. Otros daban descanso a sus caballos, manteniéndose de pie apoyados en el recado que cubrían con el embozo, y algunos escudaban el pecho y la espalda con pieles de carnero en defecto de otro abrigo, en cucullas junto a sus caballerías en grupo.

Cuando Velarde y sus compañeros llegaron a encontrarse en Pan de Azúcar con la partida suelta de Juan Antonio Lavalleja, la columna de Maldonado y Minas venía en marcha buscando la incorporación de Artigas.

La cohesión con la hueste de Frutos se hacía pues ya imposible, a partir de que la orden recibida era la de salvar distancias a trote largo sin más demoras que las treugas de resuello. Ismael se agregó a la columna.

Ésta siguió sus marchas forzadas hasta ponerse al habla con Artigas; y ya hemos visto cómo a la altura de Pando desprendiose Velarde rumbo al río Santa Lucía y calera de Zúñiga.

La división de Maldonado hizo alto cerca de la villa, bajo una lluvia densa acompañada de una de esas ventolinás otoñales que nada desmerecen de las borrascas del invierno.

Las tropas españolas se habían movido en tanto fuera de muros, y avanzándose hasta Las Piedras, en número próximamente de setecientos infantes incluso la dotación de piezas, cuatrocientos caballos, dos obuses de a treinta y dos, y dos o tres piezas de a cuatro, servida cada una por dieciséis artilleros.

El virrey Elío justamente alarmado por el levantamiento de las milicias de campaña y el giro extraordinario de los sucesos, resolvióse tentar este esfuerzo, lamentándose en el fondo que el

Brigadier Muesas -por otra parte militar meritorio- hubiese dado motivo a Artigas para alejarse de su campo y cuerpo de Blandengues e ir a ofrecer el concurso de su prestigio a la junta de Buenos Aires. Elío atribuía así, como se ve, a los simples efectos de un desagrado personal con su teniente, la actitud actual y resuelta de Artigas, confundiendo la causa de ocasión o aparente, con otra más profunda en rigor de lógica; ya se considere al futuro caudillo animado de un patriotismo puro, ya bajo el influjo de las pasiones que sirvieron más tarde de nervio de resistencia a la emancipación local. El hecho es que el virrey escogió sus mejores tropas para afrontar esta aventura, confiándolas a oficiales valientes y experimentados.

Excepto un trozo de milicia -y esta misma de primer orden- a las del capitán D. Jaime Illa, la casi totalidad era infantería veterana de rígida disciplina, bajo el comando superior del capitán de fragata D. José de Posadas, y subalterno de los tenientes Borrás y Cañiso, entre otros, y de los alféreces de navío Argandoña, Montaña, Castillos y Soler.

Entre la caballería compuesta de criollos afectos momentáneamente al sistema, figuraban en porción regular los peninsulares con Jorge Almagro a la cabeza.

El mayordomo de la estancia de Fuentes había llevado un buen concurso a la plaza, en hombres adictos y haciendas; y lo que constituía el tronco de la milicia organizada se confió a su celo y decidida adhesión a la causa del rey.

El escuadrón parecía dispuesto a quebrar lanzas. Su primer movimiento ofensivo a vanguardia de una columna volante, se dirigió a la caballería de Maldonado, cuyos hombres en su mayoría estaban armados como los de Artigas de varas con cuchillos enastados.

Con todo, no se llevó el ataque.

La columna de los independientes la noche de la llegada de Aldama, corrióse un poco sobre uno de sus flancos, destacando algunas partidas exploradoras.

Aldama al frente de una de ellas cruzó en medio del agua y las tinieblas parte del distrito; y pudo observar que la caballería enemiga cambiando de rumbo, penetraba al campo de D. M. José Artigas y emprendía el arreo de las haciendas.

En un terreno resbaladizo y entre las sombras, al favor de la lluvia y la tronada fragorosa, el gaucho bravo cayó sobre una guardia avanzada que destrozó, cogiendo dos prisioneros.

Por estos supo que quién había entrado al campo de Artigas, era Jorge Almagro con su escuadrón. Enseguida se replegó a la columna.

La noticia le había sorprendido.

El mayordomo estaba vivo, ¡y nada sabía él de Ismael!

Durante la marcha, Aldama llegó a reconocer en uno de los prisioneros para colmo de sorpresa a un peón del establecimiento de Fuentes, antiguo compañero suyo y de Velarde en las faenas pastoriles. Éste como otros del pago, había seguido a Jorge a Montevideo, por un exceso natural de servil respeto a los fuertes. Aldama le hizo hablar, enterándose de todo lo acaecido en la estancia de la viuda, desde el día de su ausencia.

Ismael - Eduardo Acevedo Díaz (1888)

Colección «Año 1825» - Instituto del Libro, cap. LI, pp. 253 a 257

Cuando el prisionero hubo concluido, él le preguntó por qué no había amparado a la pobre moza en sus pesares siquiera por lealtad al aparcerio; y oída la respuesta evasiva del preso, el gaucho se le acercó mucho, mirándolo con ojos feroces, y dijo lleno de rabia echando mano al cuchillo:

-¡En tuavía te voy a *degoyar*, maula!

El miliciano se apartó de un salto por un tirón brusco de riendas; Aldama hizo chasquear la lonja en la carona, y siguió su camino gruñendo.

Pero uno de sus compañeros, que marchaba en pos, al notar el movimiento brusco e inesperado del prisionero creyó que intentaba la fuga al favor de las sombras, y enristrando su lanza de clavo se la hundió en las espaldas, arrancándolo con terrible empuje de los lomos.

Otro de los soldados, que no esperaba sino eso al parecer, estimulado por el ejemplo y el instinto, echó pie a tierra, y montándose en el cuerpo que se revolvió en el pasto lodoso, desenvainó el cuchillo, y lo pasó por la garganta de la víctima con asombrosa rapidez.

Esta dio un ronquido, sacudiéndose un momento; y antes que el soldado hubiese concluido de montar a caballo, el caído se quedó rígido y tieso. -¡No sea bárbaro, *canejo*! -exclamó el que lo había herido con la lanza-. El *chuzazo* era de sobra.

-Le parece -replicó el otro friamente-. Este *jué poyo* negro que salió de *güevo* blanco, como consuelo de cuervo.

Aldama, que marchaba algunos pasos adelante, no se aperció siquiera de lo que había ocurrido detrás. Toda esa noche se estuvieron sucediendo fríos aguaceros, y amaneció el día con negro cortinado de nubes que descargaban copiosos raudales. La columna movió su campo, y a poco andar se detuvo en una ladera, hasta que pasó la violencia de la lluvia.

Al pie de la loma se acampó, y tocose a carnear. Volteáronse en media hora algunas reses gordas, cuyas carnes convirtiéronse bien pronto en asados y churrascos que saboreó con deleite la milicia, condenada a la abstinencia día y medio, no habiendo hecho otra cosa en ese lapso de tiempo que churrupear el aguardiente de las cantimploras y entretenerse con el humo del tabaco negro. Saciada el hambre y fortalecido el cuerpo del soldado, el clarín sonó a intervalos, y por último tocó «a caballo», y «en marcha». La columna se puso en movimiento entre un espeso velo de llovizna, y caracoleó por el terreno quebrado subiendo y bajando cuestas, rumbos a las puntas del Canelón. De este punto había salido Aldama la noche anterior, y allí se encontraba Artigas acampado, cuando la división llegó a ocupar su sitio en el cuartel general.

Casi todos los soldados, con las piernas desnudas, se ocupaban en secar los zapatos o las botas, y en limpiar las armas oxidadas por la humedad, especialmente los pesados fusiles de piedra de chispa y los dos pequeños cañones de a dos que constituían toda la artillería.

Presumíase que el día siguiente amanecería sereno, y que habría combate. Se ansiaba por el sol y por la gloria. Las dos cosas debían obtenerse en todo ese día tan suspirado.

Diario Oficial

IMPO
Dirección Nacional de Impresiones
y Publicaciones Oficiales



República Oriental del Uruguay

E D U A R D O
A C E V E D O D Í A Z

1 8 5 1 - 1 9 2 1

más información, más ciudadanía

Selección de material y realización biográfica: Sra. Margarita Echeveste

Diseño de tapas y retiros: Lic. Marcelo Caiata

E S C R I T O R



BICENTENARIO
URUGUAY
1811 - 2011

Diario Oficial

IMPO
Dirección Nacional de Impresiones
y Publicaciones Oficiales



República Oriental del Uruguay

ISMAEL

- LII -

Llegó, por fin, tranquilo y radiante.

En sus primeras horas, el comandante en jefe español que, como Artigas, había intentado algunos movimientos para «batir en detalle», tomó la ofensiva resueltamente; y dejando en Las Piedras una gran guardia con un cañón cargado a metralla, dirigióse con cerca de mil hombres de las tres armas y cuatro piezas, al encuentro de Artigas, quién a su vez venía ya en marcha con ánimo de no ceder un palmo de terreno a su infantería veterana.

Ya frente a frente, aunque separados todavía por un trecho regular, los obuses de calibre treinta y dos empezaron sus descargas, que fueron aumentando por momentos hasta trabarse la pelea.

Las fuerzas realistas, apartadas dos leguas de la villa, tomaron posición en unas alturas llenas de pedregales a un flanco de la carretera, y engrosaron poco a poco sus guerrillas en despliegue al frente sobre una loma paralela.

La aglomeración allí, llegó a ser considerable.

Artigas puso entonces en movimiento su ala derecha, ordenando a su jefe, el capitán Pérez, que practicase una diversión encima mismo del enemigo, aunque eludiendo los fuegos de artillería, hasta obligarlo a salir de su campo.

Cumplióse la orden, y viendo a Pérez ponerse en retirada, la tropa realista creyendo habérselas con simple caballería, salió en su alcance, siendo ésta la señal del comienzo de la pelea.

*Ismael - Eduardo Acevedo Díaz (1888)
Colección «Año 1825» - Instituto del Libro, cap. LII, pp. 258, 259*

Artigas arenga sus tropas, «que juran morir por la patria»; avanza en línea a paso firme, confiando su ala izquierda al intrépido teniente Valdenegro; lanza la caballería de Maldonado a cortar la retirada del enemigo; ordena echar pie a tierra ya encima de los tercios a toda su infantería, y ante un repliegue falso sostenido por el fuego de los obuses, manda cargar la columna, arrollándola y arrojándola sobre la loma en que el grueso tendido en batalla con su artillería de gran calibre al centro y dos cañones a los extremos, empeña la acción con nutridas descargas.

En este ataque recio, que barrió el declive como una ola fragorosa, el teniente Prieto de patricios lleva en sus espaldas un cajón de municiones en defecto de mulas de carga; el sargento Rivadeneira empuja con sus manos las ruedas de una pieza entre las balas con impávido denuedo; los presbíteros Valentín Gómez y Santiago Figueredo con sus negras vestiduras se adelantan por el centro de la línea, alentando en medio a la humareda los batallones a la victoria; y los jinetes de las alas precipitan por la ladera a punta de lanza la milicia urbana en desorden.

El combate llevaba recién hora y media de empeñado, y debía durar hasta la puesta del sol.

Rehechas las líneas, la artillería inicia su serie de explosiones, y los fuegos de los centros se prolongan de allí a tres horas.

Eran éstos los sordos truenos que a lo lejos había sentido Ismael, cuando abandonaba en esa mañana luminosa los desolados campos de Fuentes.

E D U A R D O
A C E V E D O D Í A Z

1 8 5 1 - 1 9 2 1

más información, más ciudadanía



BICENTENARIO
URUGUAY
1811 - 2011

ISMAEL

- LIII -

Ismael - Eduardo Acevedo Díaz (1888)
Colección «Año 1825» - Instituto del Libro, cap. LIII, pp. 260 a 263

Mantenido a pie firme con ardoroso empeño el terreno ganado en el primer empuje, los veteranos de Posadas con el apoyo de sus cañones enclaváronse a su vez en la loma, conservando vivo el fuego granado e inflexible la tensión de su línea.

Con todo, y a pesar de la superioridad en calidad y número de esas tropas, así como de su artillería de campaña manejada por peritos marinos de guerra, la resistencia no podía durar muchas horas.

La división revolucionaria cada vez más enardecida, redobló sus descargas.

Entonces, la fuerte brigada de la loma sale de su posición en buen orden al paso de marcha ordinaria, mordiendo el cartucho, y comienza su repliegue hacia Las Piedras, sostenida siempre por el fuego de los obuses.

Un escuadrón de caballería de los independientes, a una voz de Valdenegro, se avanza sobre una de las dos alas en retirada, y sujeta sus redomones casi en la cresta de la colina.

Por esa parte se arrastra una pieza, con un carro de municiones. Un jinete se desprende con impetuoso arranque de la mesnada vocinglera, y cae a lanza sobre el grupo derribando dos artilleros, uno de los cuales estrujó bajo los cascos de su zaino oscuro.

Los demás arrojaron escobillón y mecha, y fueron a confundirse con el grueso del ala que se alejaba, todavía con aire fiero.

El gaucho -que era Ismael- clavó el cuento de su lanza junto al cañón, y quedose allí inmóvil, con la vista fija en la caballería enemiga como si algo buscase en su bien ordenada formación en escalones, un poco a retaguardia de los fusileros.

Jorge Almagro se agitaba a la cabeza en un caballo tordillo negro, y Velarde pudo verle a través de la humaza blanquecina sembrada de fogonazos que se extendía al frente de la línea.

Entonces movió el brazo con ira, y volvió riendas para ocupar su sitio en el escuadrón, en momentos que se ordenaba cargar vigorosamente por los flancos.

Ismael había entrado al campo de batalla en el momento en que los tercios españoles efectuaban su repliegue hacia la loma enhiesta.

Aunque apurado su caballo por la rodaja y el rebenque, venía brioso y entero.

El gaucho ocupó en el segundo escalón de uno de los flancos su puesto de combate, escudriñando con vivo interés la línea enemiga.

A la primera voz de mando, le hemos visto desprenderse de la formación y abalanzarse él solo sobre el grupo enemigo que pugnaba por arrastrar la pieza de artillería hasta el pie del declive; y retirarse luego de divisar a Jorge para entrar en la carga a fondo.

El mozo parecía querer provocar por todos los medios un encuentro con el mayordomo, y manifestaba en sus movimientos audaces un gran desprecio por el peligro.

Habíase alivianado de sus ropas, quedándose con una camiseta de lanilla, cuya manga derecha veíase recogida hasta más arriba del codo. Las boleadoras y el «lazo» ensebado -el que usaba para coger novillos y aún jaguares- de fina argolla y fuerte trenza, aparecían apenas ceñidos al recado, como para disponer de unas y otro en todo instante sin dilación alguna.

Tal vez precisase de esas armas, tan temibles en sus manos, en la carga decisiva sobre la caballería realista a que citaba el clarín de León.

Se hallaba el grueso realista en una posición desventajosa al final del declive de la loma, cuando la caballería de Maldonado se interpuso a gran galope, cortando su retirada a Las Piedras, y la de las alas cargó como un huracán llevándose por delante los escuadrones en tumulto.

De estos, sólo uno que se componía de peninsulares voluntarios consiguió rehacerse tras el vértigo del entrevero; y el que arrastrado por Almagro con viril arrojo, formó a retaguardia de la infantería.

Los otros, dispersos a todos los rumbos, sin excluir el de Montevideo adonde llevaron la infausta nueva del desastre, no volvieron más al campo de batalla; y hasta pusieron en el caso de retroceder y guarecerse dentro de muros a un refuerzo de quinientos infantes que venían en auxilio de Posadas, suponiendo a éste el virrey Elío fortificado ya en la villa de Las Piedras, en cuyo punto como es sabido había dejado una gran guardia con una pieza de a cuatro.

Los efectos brillantes de la carga de las milicias, el destrozo hecho en los cuadros veteranos, la pérdida de una parte de su artillería en el descenso fatal de la loma, el encierro a hierro y fuego de sus tropas inmediatamente después del desbande del vidrioso elemento de a caballo con que él contaba para reprimir los avances de las huestes de Manuel, de Pérez y de León, no abatieron el valor sereno del capitán de fragata y de sus pundorosos tenientes, y dando cara al peligro en la hondonada, propúsose allí vender a alto precio la victoria.

Dentro de aquel cerco de acero, en que se batía con denuedo, a la caída de la tarde percibíanse apenas en medio a las volutas espesas de la fusilería y del cañón los morriones de sus soldados aguerridos, y los celestes penachos de los patricios que adelantaban terreno paso a paso a la voz ronca ya de sus capitanes.

Una masa de caballería se movió de repente con estrépito, en la falda de una de las colinas ásperas del ala izquierda, y se vino al choque con la de Jorge Almagro que buscaba romper el cerco desesperado, a lanza y sable.

Aquel enjambre de centauros se revuelve un instante tumultuario y, ruidoso, entre feroces aullidos, descargas de trabucos a quema ropa, refregones de lanzas, ludimiento de caballos y de sables, volteos y reencuentros a toda rienda, sin formación y sin orden, saltándose por encima de los muertos y heridos que los redomones azorados pisotean y estrujan; y entre el polvo, el humo, el tufo de la carnicería van a estrellarse dos jinetes, cuando uno de ellos refrena de súbito los saltos de su lobuno, gritando con bronca voz:

-¡Esmael!

Quien había hablado, era Aldama.

Ismael pues era él en realidad, le mira lívido y mudo, y pasa a su lado como una saeta tendido sobre el zaino, cuyos ijares desgarran las espuelas, con la lanza en la diestra, sin sombrero y el vendaje en la frente, que sírvele a la vez de vincha para sujetar su larga melena sacudida en rizos sobre los hombros.

El zaino corría con las narices abiertas y la boca ensangrentada, muy erguida la cabeza, cual si en medio de sus pavores lo impulsara sin embargo adelante el furor de la refriega.

A su lado se deslizaba Blandengue veloz, con la lengua colgante llena de espuma, el que al primer arranque de los escuadrones había tomado parte también en la carga, todo conmovido y tembloroso, el ojo sangriento y los colmillos a la vista, ladrando con furor, cual si se viese acosado por una manada de potros.

Diario Oficial

IMPO
Dirección Nacional de Impresiones
y Publicaciones Oficiales



República Oriental del Uruguay

E D U A R D O
A C E V E D O D Í A Z
1 8 5 1 - 1 9 2 1

más información, más ciudadanía

Selección de material y realización biográfica: Sra. Margarita Echeveste
Diseño de tapas y retirios: Lic. Marcelo Caiata

E S C R I T O R